

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 8 trim.

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escudillers Blancs, 3 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 680.

Nuevo Mundo

ha llegado hoy con nueva é interesante información de

La secuestradora de niños y la aprehensión de otra secuestradora.

Son notables las notas de actualidad de Barcelona, Madrid, Cádiz, Burgos, Valladolid, Sevilla, Valencia, Cartagena, Granada, Zaragoza, Pamplona, Castellón, del Rif, extranjero y otras.

Por Esos Mundos, puesto á la venta, publica la zarzuela *El príncipe Casito*, de Arniches y García Alvarez, y el drama *El bobo*, de Alejandro «Bher», premiado en Madrid y estrenado por Borrás.

Crónica diaria.

Congreso de Ateneos.

Se ha publicado y circulado profusamente entre las entidades de carácter cultural el reglamento del segundo Congreso regional de Ateneos y Asociaciones de cultura que se celebrará en Villanueva los días 25, 26 y 27 de Mayo próximo.

Forman el Comité ejecutivo don Leopoldo Cruzat, presidente; don Francisco Sané y don Juan Ventosa Roig, vicepresidentes; los señores Galcerán, Riera, Boselli, Soler, Oliva, Rosich, Ribot, Grau, Garrigó, Castany y Morgades, vocales; don José Artigas, tesorero, y don Pedro Fusté, don Antonio Escofet, don Francisco Sirvent y don Miguel Girona, secretario.

La delegación de Barcelona la componen los señores Bas, Coroleu, Fontseré, Homs, Vernet y Vila.

Para ser congresista se deberá satisfacer una cuota de una peseta; pero los que satisfagan tres tendrán derecho á todas las publicaciones del Congreso. Se expenderá título de congresista-protector á cuantos auxilien al Congreso con subvenciones ó en otra forma considerada de suficiente valor y á quien satisfaga una cuota de cinco ó más pesetas.

Las entidades que persigan directa ó indirectamente un fin educativo, instructivo, científico, literario, higiénico, artístico, deportivo, etc., quedan especialmente invitadas á concurrir al Congreso.

Este se divide en las Comisiones de Pedagogía, Educación física, Bibliotecas y vulgarización, Ciencias físicas, químicas y naturales; Estudios políticos, económicos y so-

cielos, Estudios mercantiles, cultura agrícola, técnica y arte incursiva, excursionismo.

Para cada Comisión habrá temas oficiales, recomendados y libres. Las conclusiones a los temas oficiales deberán presentarse a la secretaría general quince días antes de la sesión inaugural.

Se preparan festivales en Villanueva para el segundo Congreso regional de Ateneos y Asociaciones de cultura que revelarán, según se espera, mucha importancia.

Gaceta.

En la Caja de Ahorros esta semana han ingresado 252,555 pesetas, procedentes de 4,112 imposiciones, siendo 491 el número de nuevos imponentes.

La Junta directiva del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos nos ruega que transmitamos al público su más enérgica protesta contra ese enjambre de curanderos, sonámbulas, cartománticas y magnetizadores, que, exhibiendo el título de espiritistas como reclamo, son causa de vilipendio de las teorías filosóficas sustentadas por William Crookes, Wallace, Edison, Lombroso, Richet, Flammarion y otros hombres eminentes.

La referida entidad, propagadora entusiasta del Espiritualismo moderno, fundamentado en la Razón y la Ciencia, rechaza toda solidaridad y conexión que pudiera atribuírsele con esos titulados espiritistas, y nos manifiesta que se halla dispuesta a llamar la atención de las autoridades para impedir que, equívocándose con aquel nombre, se ampare la explotación supersticiosa de la ignorancia en daño de muchos y desdoro de aquellas racionales y científicas creencias.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

Düsseldorf, Ferrau, sin señas; Bilbao, Pablo Díaz, vapor *Prado*; Tarascón, Miguel Santaló, sin señas; Londres, vapor *Hullgate*, Santa Eulalia Vilaperocio; Alemania, Federico Villegas, Valencia, 175.

En sesión últimamente celebrada por el Consejo directivo de la Juventud «Els Girondins», del Ateneo Pi y Margall, se tomaron, entre otros acuerdos, el de hacer constar en esta haber visto con gusto las conclusiones acordadas por lo de la reversión de los tranvías en la reunión que las entidades de Unión Federal Nacionalista Republicana tuvieron el miércoles de la pasada semana en el Centro «Fivaller», y asimismo aprobar la conducta de su presidente, que en representación de la Juventud concurrió a dicho acto.

Se acordó que la inauguración de la referida Juventud se celebre el día 15 de Abril próximo, a cuyo efecto se están haciendo ya los trabajos de organización, invitándose al indicado acto a significadas personalidades del partido de Unión Federal Nacionalista Republicana.

En virtud del reglamento para el régimen interior de la Cámara de Comercio y Navegación de Barcelona, se ha de proceder a la elección de nueve vocales cooperadores: dos por los capitanes y pilotos de la marina mercante y siete por los comerciantes e industriales asociados de la expresada Corporación, en virtud de satisfacer cuota voluntaria.

Estas elecciones se efectuarán el próximo lunes, día 1.º de Abril, dedicando a la votación de los capitanes y pilotos de la marina mercante la hora de once a doce de la mañana y a la de los comerciantes e industriales las de las tres a las seis de la tarde, procediéndose al escrutinio después de la votación.

Hechos recibido el siguiente escrito:

Señor director de El Diluvio.
Muy señor mío y de mí más distinguida consideración y respeto. La Comisión de reparaciones de Filipinas y Habana solicita a usted inserte este escrito:

El Estado parece que no haga caso de nuestra súplica. Desde el 20 de Abril del año anterior tenemos, por real orden del ministro de la Guerra, derecho a cobrar la peseta diaria del día de campaña, y por esto tenemos que acudir a la Prensa para reclamar lo que es nuestra ley y de justicia. El día 3 del corriente, en la calle de Guardia, número 14, principal, a las nueve de la noche, tendrá efecto una reunión para tratar de asuntos que interesan a nuestros compañeros de campaña de las guerras coloniales. — La Comisión

Conferencias y reuniones.

El Centro de Unión Republicana del distrito VII, Marques del Duero, 33, se celebrará esta noche una conferencia sobre política española y europea, a cargo del célebre orador Eugenio Noel.

Esta noche, a las nueve y media, el señor Domenech Español dará en el Ateneo Barcelonés la segunda de sus conferencias sobre «Nuevos y verdaderos estudios temáticos wagnerianos», explicando el preludio de *Tristan e Isolde* y ejecutando fragmentos de esta obra en el piano. El acto será público.

La Sección d'Arqueología e Historia del Centre Excursionista de Catalunya celebrará sesión pública hoy, a las diez de la noche, en la que don Peregrín Casades y Gramatxes dará la 18.ª conferencia referente a Arqueología romana.

El Comité supremo de la Federación Femenina contra la tuberculosis dará la tercera lección de su III curso de higiene preventiva mañana, a las ocho de la noche, en el local de la escuela que dirige doña Luisa Sánchez, Cruz Cubierta, 109.

La señorita doña Encarnación Fuca, vocal del Comité y alumna de la Facultad de Medicina, disertará sobre el tema «Medios preservativos contra la tuberculosis».

Con esta lección el Comité dará por terminados este año sus cursos de higiene por terminarse también las clases de adultas, a cuyas alumnas están dedicados.

Se ha constituido la Comisión Pro-Servicio voluntario, la cual dentro de pocos días se dirigirá a todas las entidades de Barcelona, para recabar de ellas el apoyo necesario para llevar a cabo una intensa y firme campaña en pro de dicho servicio.

El domicilio de la Comisión está instalado en la calle de Cassador, 17, 1.º, donde se reciben todas las adhesiones.

Se ha constituido en esta ciudad, con domicilio en la ronda de San Antonio, 17, 6.º, la nueva Sociedad obrera de Artífices en cristal.

Se suplica a todos los socios del Club de Barcelona que deseen asistir al banquete que se celebrará mañana en el Mundial Palace, a las ocho y media de la noche, en honor de los vencedores en las regatas de Alicante, se sirvan inscribirse en la secretaría del Club, hasta las seis de la tarde del mismo día.

La Junta directiva del Montepío Artístico Musical Barcelonés ha quedado constituida en la forma siguiente:

Presidente, don Roberto Goberas; vicepresidente, don Juan Pujol; tesorero, don Miguel Torrens; secretario, don Pedro Carbonell; vocales: don Narciso Solá, don Valentín Maroet y don José Tormo.

Bolsin mañana.

Interior, 85'27 papel; Nortes, 98'00 operaciones; Alicante, 95'60 dinero.

Noticia de los fallecidos el día 25 de Marzo de 1912.

Casados 15	Viudos 7	Solteros 5	Niños 8	Abortos 0	Nacidos	Varones 18
Casadas 9	Viudas 10	Solteras 9	Niñas 6			Hembras 26

Espectáculos.

NOVEDADES.—La notable compañía de la que es principal actor y director el señor Villagómez puede apuntarse otro éxito con la interpretación de *La escuela de las princesas*, la hermosa e interesante comedia de Benavente, individual y en conjunto fue perfectamente dicha y sentida, y si a ello se agrega que fue esmeradamente presentada, se tendrá explicado lo justo de las ovaciones que oyeron los artistas.

De ellos merecen especial mención por la elegancia y riqueza de los trajes Enriquefa Palma y la Luján, que tenían a su cargo el papel de princesas; Villagómez representó el príncipe Alberto de Shania, encarnando a la perfección a Guillermo II de Alemania, pues se supone que Shania es un estado germano.

En el teatro Tivoli, de Vilafranca, se ha celebrado el beneficio de la notable tiple cómica Julia Méndez, tomando parte en obsequio suyo el conocido baritono Ortiz de Zárate.

Formaron el programa *El talismán prodigioso*, *Curra* y *La suerte de Isabelita*, cosechando la beneficiada muchos aplausos.

En *Curra*, monólogo de Sañudo Autrán, música de Gené, obtuvo una ovación. Además más de los dos números de la partitura, cantó, acompañándose con la guitarra, *fatruacas* y otros aires andaluces.

Anteanoche y anoche volvió a representarse la referida producción.

El día de niños en Hamburgo.

Celebrase anualmente en Hamburgo una Besta tan original como simpática. Es la fiesta llamada Kinderhilftag ó sea día de socorro para los niños, que se destina para recoger por toda la ciudad y sus alrededores una limosna especial con que socorrer á los más pobres de los pobres, á los niños desvalidos.

Consiste esta hermosa fiesta en la venta de margaritas y sencillas tarjetas postales, que toman á su cargo unas seis mil niñas de todas las clases sociales, quienes, vestidas sencillamente de blanco, recorren las calles, penetran en los almacenes, restaurantes, estaciones de ferrocarril, en fin, en todas partes, provistas de alcancías herméticamente cerradas y de cestas llenas de margaritas y postales.

El precio mínimo de una flor ó una postal es de diez peniques alemanes (15 céntimos), pero sobran quienes dan un billete de 50, de 100 y hasta de más marcos por uno de esos objetos, que el entusiasmo es grande y todos se empujan en ayudar á la obra misericordiosa.

Las muchachas de la alta sociedad y las humildes hijas del pueblo andan confundidas, pensando sólo en la caritativa misión que se les ha confiado. Todas van vestidas de blanco y adornadas con margaritas, llevando en el brazo derecho una cinta con la inscripción: «Día de socorros para los niños». Las cestas de margaritas naturales y fingidas y postales alegóricas á la fiesta las llevan suspendidas de una cinta azul. Cada señorita ó grupo de dos ó tres señoritas tiene señalada su jurisdicción.

Las alcancías, en número de 8,000, son casi todas regaladas y no se pueden abrir sin destruir las. Esta operación se hace en uno de los grandes Bancos, que se prestan á hacer este servicio.

Los cafés y restaurants obsequian á las vendedoras con miles de bonos con los cuales pueden tomar lo que gusten: café, chocolate, comida, refrescos, etc.

Iguales fiestas se celebran en Colonia, Bremen, Hannover y dos ó tres ciudades más, y todas dan el mismo resultado satisfactorio que en Hamburgo.

El espejo en los guantes.

La última moda en lo que á guantes se refiere es llevar en ellos un espejito que permite á la bella portadora arreglarse los rizos y observar si lleva el sombrero mal puesto. Todas estas menudencias y otras muchas más que para las mujeres revisten gran

importancia, las resuelve el «espejito» sin que nadie se dé cuenta de ello.

El inventor de la moda, coloca el espejuelo en la palma de la mano izquierda, para que la derecha quede libre para saludar y poder estrechar la de los amigos.

El sentido práctico de los vanquils.

Unos grandes almacenes de Nueva York han abierto una Exposición permanente de las jóvenes que desean contraer matrimonio.

Esta Exposición se halla instalada en un suntuoso edificio. La primera de sus salas está destinada al arte fotográfico: un verdadero Museo de fotografías, formado por las aspirantes al matrimonio. Cada retrato va acompañado de una ligera biografía de la señorita, con los detalles necesarios: su nombre, su edad y su dote. Cualquier hombre vestido decentemente puede penetrar en esta sala gratis et amore.

Si alguno encuentra en ella su ideal, no tiene más que oprimir el botón de un timbre eléctrico colocado debajo del retrato. Inmediatamente se abre una puerta; después de

haber pagado un pequeño tributo, puede penetrar en la sala donde se encuentran las candidatas, y en la que puede entenderse con la escogida por él.

Si se ponen de acuerdo, pasan ambos á la galería de muebles y compran allí todo lo necesario para instalar una casa.

Una agencia matrimonial se encarga, mediante un pequeño dispendio, de arreglar los papeles y cumplir todas las formalidades exigidas para el caso, y en el mismo día un pastor protestante, al servicio del establecimiento, casa legalmente á los prometidos.

Ignoramos si existe una sala de divorcios; pero creemos que sería de una aplicación inmediata.

Al mirar á su alrededor, Mauricio vió su abrigo y su sombrero.

Se apresuró á ponérselos, y después, retrocediendo ante el cadáver, que parecía mirarle fijo, con las pupilas inmóviles, se lanzó como un loco hacia la puerta, atravesó corriendo el pasillo, y, sin notar que todas las puertas estaban abiertas, descendió las escaleras y en pocos minutos se encontró en el Corso, donde se puso á andar rápidamente.

El aire punzante de la noche le reanimó algo; entonces acortó el paso, y, viendo un carruaje vacío, lo detuvo, subió y se hizo conducir á su casa.

Mauricio vivía solo con un viejo criado que le había visto nacer y le quería como á un hijo.

Sandro estaba acostumbrado á que su dueño regresase tarde y á pesar de la oposición del joven quería siempre aguardarlo.

Así, también aquella noche, apenas oyó meter la llave en la cerradura, Sandro estuvo pronto con la luz en la mano.

—Aún levantado!—exclamó Mauricio de malhumor.

Sandro no respondió y miró á su dueño con ojos llenos de estupor y de espanto á un tiempo.

—¿Qué te ocurre?—preguntó, bruscamente Mauricio, entrando en su alcoba.

—Mírese, señorito—respondió Sandro, levantando la luz á la altura del espejo que había sobre la cómoda.

Mauricio miróse al espejo y no se reconoció; tenía el rostro alterado, el abrigo sucio, el sombrero magullado y la camisa llena de manchas de sangre.

Si él hubiese cometido el asesinato, seguramente habría tenido una apariencia menos espantosa. Quien le hubiese visto en aquel estado seguramente le habría dudado de él.

Sandro continuó:

—Siempre le he dicho que con tantos atracadores como hay en Turin es peligroso pasar las noches en la calle.

—Guárdate tus observaciones y métete en el lecho—interrumpió impacientado.

Y el joven, después de quitarse la manchada camisa y de lavarse bien, se acostó.

Pero por mucho que hizo no logró conciliar el sueño; visiones espantosas turbaban su mente. Por último, el joven se dejó vencer por la debilidad y ocultando el rostro en la almohada se puso á llorar como un niño.

III

Pinota, cuando estuvo segura de que Mauricio había entrado en la alcoba de la condesa, reultó en el seno del reloj y la cadena del joven, cogió el

brero y el abrigo y llevó ambas prendas á la salita donde ella solía pasar la noche.

La joven, sin explicarse la causa, se sentía triste oprimida; á veces, un estremecimiento nervioso la sacudía toda. La pareció oír ruidos extraños, creía ver monstruosos fantasmas que corrían á lo largo de las paredes y se desvanecían por los rincones.

Sentóse en una poltrona, recostó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y se puso á contar los minutos que transcurrían.

De repente hizo un movimiento, incorporóse un poco y aplicó el oído.

Le pareció que abrían el portón de la calle.

Pero seguramente se engañaba. El portero tenía una de las llaves y la otra ella la había hecho desaparecer por la mañana de los bolsillos de Filippo sin que él lo notase.

Por lo menos, así pensaba *Pinota*.

—Pietro no puede haber vuelto—pensó—y Filippo no puede entrar sin llamarme; me he engañado.

No había aún acabado de decir esto cuando oyó pasos en la habitación contigua.

Se puso en pie, ansiosa, palpitante.

En aquel momento la puerta se abrió y un hombre apareció en el umbral.

Era Filippo.

En vez de aparentar tranquilidad, *Pinota* perdió la cabeza y lanzó un grito de terror.

Filippo avanzó. Su rostro parecía una máscara de cera, tal y tan uniforme era su palidez.

Y en aquella palidez resaltaban simplemente, los ojos brillantes, crueles, feroces.

—¿Dónde está tu amante?—dijo él con tal acento, que la desgraciada tembló de pies á cabeza.

—¡Yo no tengo amante, te lo juro!—balbuceó.

—¡Y osas negarlo, desgraciada!—exclamó él señalando el sombrero y el abrigo de Mauricio—. Pero el vil se ha ocultado, no se atreve á comparecer.

Hablaba con voz sorda, acercándose á la puerta que daba al pasillo y del cual se pasaba á la salita abierta sobre la galería.

Pinota le atajó el paso.

—No pasarás—le dijo.

—¡Ah! ¡Lo defiendes, mujerzuela! ¡Atrás!

—No pasarás—replicó *Pinota* dirigiendo á Filippo una mirada de desprecio—. Si, un hombre ha entrado aquí; pero no es mi amante ni tampoco es un vil.

—¿Por qué, pues, tiene miedo de mostrarse? ¿Por qué, por las noches, durante mi ausencia, viene aquí ocultamente? Hace ya varias noches que os espío; os he visto también entrar y salir juntos. No es tu amante y me has robado la llave de la puerta para dársela á él y que pudiera entrar esta noche en ausencia de Gina, tu cómplice. Franquéame el paso.

—¡No, no!

Ella temía que Filippo se encontrase con Mauricio y que, ciego por los celos, acometiese al joven.

Por otra parte, la generosa criatura no estaba dispuesta a revelar el secreto de Mauricio, ni el motivo de sus visitas nocturnas.

Lo había prometido y cumpliría su palabra aunque tuviese que arriesgar la vida.

Se limitaba a protestar de su inocencia.

Filippo, en el colmo del furor, había sacado del bolsillo un puñal.

—¿Quieres que te mate?— gritó con rabia, haciendo brillar amenazadoramente la acerada hoja.

—Antes la muerte que verle cometer un acto injurioso contra quien no le ofende.

—¿Por qué no viene a protestar de su inocencia? ¡Sal, miserable, villano!

Nadie compareció y a Filippo le pareció notar en los labios de Pinota una ligera sonrisa.

Y aquella sonrisa le pareció un insulto, un escarnio a su dolor.

Una nube de sangre veló sus ojos.

Derribó de un golpe a la desgraciada y la hundió el puñal en la garganta, sofocando el grito de auxilio que ella iba a lanzar.

Después, sacando el arma de la horrible y mortal herida, giró como un loco por todas las habitaciones del pabellón, sin encontrar a nadie.

Pero cuando vió abierta la vidriera de la galería y encontró ésta desierta, convencióse de que el joven había descendido al jardín y huido por él.

Entonces volvió á la habitación del crimen, sin sentir ningún remordimiento á la vista de aquella hermosa criatura que se debatía en las últimas convulsiones de la agonía.

Registró los bolsillos del abrigo de Mauricio y apabulló con furia el sombrero. Después, como si le asaltase una repentina idea, se inclinó sobre su víctima para abrirla el ensangrentado corsé.

Pero en el momento de realizar tal profanación en aquel cuerpo aun palpitante, Pinota abrió los ojos y sus dedos asieron el abrigo de Filippo como para retenerlo.

—¡Asesino!— balbuceó la joven en un ronquido de agonía—. ¡Oh, Mauricio!...

Aquel nombre, pronunciado en tal momento, produjo una horrible impresión á Filippo. Este se desasíó de la mano de la moribunda y, puesto en pie, exclamó:

—Tu Mauricio morirá como tú; pero antes se verá deshonorado, perdido.

Pinota hizo un esfuerzo supremo para levantarse, para hablar; pero una de sangre salió de su boca y volvió á caer para atrás, dejando escapar un debilsimo gemido.

Filippo conoció que había expirado. La miró sin piedad; despues pasó á

su alcoba, se lavó cuidadosamente y, seguro de que no tenía ninguna mancha de sangre en la ropa, dejó el pabellón y se dirigió a pie al Regio, a donde llegó en el momento en que, terminado el espectáculo, salía la gente.

El parricida mezclóse en ella y pronto vio conocidos que le saludaron y, seguros de que también él salía del teatro, le preguntaron si le había gustado el baile.

—No está mal—respondió Filippo sonriendo—; pero lo he visto muchas veces.

Se unió después a dos jóvenes de la buena sociedad, bastante conocidos, que prodigaban los días y las noches en caprichos de todo género, disipando la herencia paterna y contrayendo continuamente deudas.

Éstos habían conocido á Filippo en una casa de juego de la cual era asiduo concurrente y pronto se hicieron amigos de él á pesar de la diferencia de edad.

Filippo les había prestado también algunos centenares de liras que aun no le habían devuelto.

Así, le trataban con mucha consideración.

—No le hemos visto en el Regio—dijo uno de ellos cogiéndose á su brazo.

—Pues yo les he visto bien—respondió Filippo sonriendo—; pero he permanecido retirado en el fondo de mi palco porque me pareció que se ocupaban ustedes más de las bailarinas que levantaban las piernas en el escenario que de los espectadores. Y no quise molestarles.

—Es usted un bribón. ¿A dónde va?

—A casa de Fabiana.

Era ésta la dueña de la timba que frecuentaban.

—¿Está usted en vena?

—Bastante; durante toda la semana la fortuna me ha sonreído.

—Nosotros, en cambio, hemos estado de desgracia.

—¿Quieren acompañarme?

—Gustosos si estuviésemos en fondos.

—Les prestaré bajo su palabra.

—Es que le debemos ya cerca de un millar de liras.

Filippo se encogió de hombros sonriendo.

—No temo perderlas.

Estas palabras halágaron el amor propio de los jóvenes que comaron de cumplidos á Filippo.

Se dirigieron á la timba y allí estuvieron hasta las cuatro de la madrugada.

La suerte les fué tan favorable á los dos jóvenes, que éstos, después de saldar sus deudas, se encontraron con algunos centenares de liras en el bolsillo.

Esto les puso alegrísimos. Al salir de la timba quisieron acompañar á Filippo hasta su casa.

Señalaron el trayecto á pie, charlando vivamente.

—Tiene esposa, ¿no es cierto?—dijo de repente uno de los dos jóvenes á Filippo.

La oscuridad no permitía que se viesen las contracciones del rostro de éste mientras respondía.

—Sí, una esposa joven á la que adoro; un ángel de belleza, de virtud.

El joven, que tenía ganas de bromear, exclamó dándole un golpecito en el hombro.

—¿Y la deja tan frecuentemente soia por las noches?

—Es ya demasiado que tenga que tolerarme durante el día—respondió jovialmente Filippo—. Los viejos son pesados, refunfuñones, y como padezco también de insomnios, si me quedase en casa me convertiría en un tormento para mi esposa; ésta acabaría odiándome y eso no lo quiero yo.

—Es usted un marido modelo.

Habían llegado á la puerta del pabellón; se detuvieron.

Los dos jóvenes iban á despedirse de su compañero y uno de ellos le había tendido ya la mano, cuando Filippo exclamó:

—¡Es extraño!

—¿Qué?

—Veo la puerta abierta y recuerdo bien que al marcharme la dejé cerrada.

—Alguien habrá salido después que usted.

—Imposible. El portero y su esposa partieron ayer de Turín para ver á un pariente moribundo; el jardinero no duerme en la casa; la cocinera se ha acostado temprano porque estaba algo indispuesta y mi esposa se había retirado ya á su alcoba.

—Entonces, ¿cómo explica...

—No lo sé; pero les confieso que el corazón me late con violencia; tengo miedo; ¡suceden tantas cosas en Turín!... ¡Con tantos bandidos sin fe ni ley!...

—¡Vaya, vaya! No piense mal; si quiere, para su tranquilidad, nosotros le acompañaremos.

Filippo aceptó, agradeciéndolo.

La luz en el vestíbulo estaba apagada; pero de la galería del primer piso salía una débil luz que bastaba para iluminar la escalera.

La subieron en silencio y cuando llegaron al último rellano Filippo indicó que la puerta estaba abierta.

Se había puesto pallidísimo.

—Tengo miedo—repitió.

—Ánimo—le dijeron los otros—. Verá cómo no ha ocurrido nada.

Filippo no respondió. Siguió adelante. Los otros le siguieron.

Todas las puertas estaban abiertas.

Filippo se adelantó; pero de repente un grito terrible escapó de su boca y sus compañeros le vieron arrojarle como un desesperado sobre un cuerpo sanguinolento de mujer tendido en el suelo y cubrirle de besos; mientras exclamaba entre gemidos desgarradores y con voz entrecortada:

—¡No, no, es una alucinación mía, veo mal, estoy loco! Pinota, Pinota!

— ¡Es imposible!... ¡Tú no estás muerta!... ¡Sería demasiado horrible!...

Los dos jóvenes, conmovidos y aterrados, se acercaron.

Y á pesar de la alteración del rostro de la víctima, reconocieron en ella á la linda pecadora que creían lejos de Turín.

— ¿Quién puede haberla asesinado? — dijo uno de ellos en voz alta.

Filippo les miró con aire de extravío.

— Turín es una cueva de bandidos — pronunció con afán. — Alguien me habrá espionado y sabiendo que yo pasaba las noches fuera y que mi pobre Pinotase encontraba esta noche sola con la cocinera, han entrado á robar.. y han matado mi amor, mi única alegría; la amaba con delirio y me casé porque ella me correspondía y quería redimirme... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Es demasiado morir así! ¡No, no lo creo, no quiero creerlo! ¡Pinota, mirame, perdóname!

Se manchaba de sangre; tratando de levantarla, la besaba en la helada frente.

El fingido dolor de Filippo conmovió á los dos jóvenes hasta el extremo de hacerles soltar lágrimas.

Estos trataron de consolar al viejo, de quitarlo de allí.

Y uno de ellos le dijo:

— Es preciso ver si han asesinado también á la camarera, si los asesinos están aún escondidos en la casa y si le falta algo. Después avisaremos á la policía.

— ¡Cuánta sangre! — continuaba Filippo con indecible expresión de angustia. — ¡La han atravesado la garganta con un puñal! ¡Oh!... ¡Los infames!... ¡Los viles!...

— Filippo, no se deje abatir así. ¿A qué conduce el llanto? La desgraciada no puede comprenderle ya y hay que buscar á los que han cometido el delito...

Filippo se incorporó, abandonando el cadáver; tenía el rostro horriblemente descompuesto.

— Tienen razón, hay que obrar, hay que vengarla.

Seguido de los jóvenes, que habían sacado los revólvers del bolsillo recorrió todas las habitaciones; pero con sorpresa los tres hombres encontraron todas las cosas en orden.

— O no han tenido tiempo de robar — dijo uno de los jóvenes — ó el crimen ha tenido otro móvil.

— ¿Cuál? — exclamó Filippo deteniéndose bruscamente.

— Perdóneme si le hablo con franqueza; pero su esposa antes de casarse era muy cortejada y pudiera darse el caso de que alguno, depreciado por ella, se haya querido vengar; esto no es más que suposición mía.

El rostro de Filippo había adquirido una expresión feroz.

— ¡Ah, si fuese así! El culpable se las tendría que haber conmigo.

Subieron á la alcoba de la cocinera y encontraron á esta durmiendo tranquilamente.

Filippo la cogió por un brazo y la sacudió dos ó tres veces. Por último, la mujer hizo algunos movimientos, masculloó ininteligibles palabras y abrió los ojos.

Y viendo tres hombres al lado del lecho, comenzó á gritar:

—¡Auxilio! ¡Ladrones!

—¡Estúpida! ¡Marmota!—dijo Filippo sacudiéndola rudamente.—¿No me conoces?

—¡El dueño!

—¡Si, yo, maldita, eres buena para gritar ahora y no has oído cuando asesinaban á la señora.

La cocinera desencajó aún más los ojos y se puso lívida.

—¡Virgen santa! ¿La señora asesinada?... ¡No puede ser!

—¡Vístete! ¡Dios mío!

La dejaron sola. Filippo aparecía muy sombrío.

—Temo que hayáis acertado—dijo á sus compañeros—; el crimen no ha tenido por móvil el robo.

¿Quiere usted que vayamos á denunciar lo ocurrido?

—Vayan ustedes mismos; yo no tengo fuerzas.

Filippo les acompañó hasta la puerta, después pasó á su despacho, abrió un cajón del escritorio, sacó un paquete de cartas y descendió al jardín apresuradamente.

Cuando subió encontró á la cocinera estupefacta en el umbral de la habitación donde había sido cometido el asesinato.

Filippo, sin pronunciar palabra, se puso de rodillas ante el cadáver y fingióse absorto en una dolorosa contemplación.

Los sollozós levántaban de vez en cuando su pecho; sus ojos estaban fijos, vítreos como los de la muerta.

El instante no se movió ni á un cuando la estancia estuvo llena de gente, y cuando sintió que le ponían una mano sobre el hombro miró con ojos torvos al importuno que osaba turbarlo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted aquí?

—Soy un delegado de policía. Sus amigos han venido á denunciarme lo ocurrido durante la ausencia de usted. ¿Tiene alguna sospecha?

Filippo se había levantado.

—Si la tuviese, caballero, ¿cree que permanecería aquí inactivo? No, no sé explicarme este crimen, que causará mi muerte. Pero ¿han traído ustedes un médico? Yo aun no puedo creer que mi esposa haya muerto.

—El médico vendrá, caballero—dijo el delegado gravemente.—Le he mandado aviso; mas no se necesita un hombre de ciencia para afirmar que la desventurada señora está muerta.

Un sollozo sordo pareció desgarrar el pecho de Filippo, y abata

El delegado continuó.
—Entretanto, sírvase, caballero, responder á algunas preguntas. Ya sabe que en casos graves la menor observación puede tener importancia, y es preciso no descuidarse ninguna

Filippo inclinó ligeramente la cabeza.

El delegado se hizo repetir el relato que ya le habían hecho los dos jóvenes.

—Encuentro extraño—interrumpió el delegado de repente—lo de la marcha de los porteros y la enfermedad de la cocinera. ¿No sospecha que el telegrama haya sido simulado y que sus criadas hayan sido cómplices del crimen, si no los mismos autores?—

—Todo pudiera ser, pero me resisto á creerlo; el portero es un hombre muy honrado, su esposa quería mucho á la ma y la cocinera no ha dado nunca motivos para sospechar de ella.

X Filippo continuó su relato; pero su voz acabó por apagarse entre sollozos.

El delegado no hizo más preguntas.

La noticia del asesinato se había esparcido con rapidez.

Cuando el juez instructor, acompañado del médico y de otros dos funcionarios de policía, descendió del carruaje á la puerta del pabellón, los guardias tuvieron que pedir refuerzos para apartar á la inmensa muchedumbre que les obstruía el paso.

Comenzadas las diligencias judiciales, el cuerpo de la pobre Pinota fue levantado para desnudarsele.

Entonces se vió que la desventurada estrechaba entre los dedos rígidos de la mano derecha una cadena de oro con un reloj.

Filippo se puso livido é instintivamente se llevó la mano al chaleco.

Un suspiro de alivio dilató su pecho al ver que nada le faltaba.

—¿Conoce estos objetos?—dijo el magistrado dirigiéndose á él.

Filippo los cogió y los examinó atentamente.

—No, y es extraño, no pueden pertenecer más que á un hombre... á me- nos...

Lanzó un grito que parecía de dolor y agregó:

—A menos que mi pobre Pinota... al defenderse... los haya arrancado al asesino...; pero entonces éste no es una persona vulgar... Aquí, en el reloj, hay entrelazadas dos iniciales formadas por pequeños brillantes, una M... y una V... Mire.

Los objetos pasaron á las manos del magistrado y á las de los otros y todos fueron de la opinión de Filippo.

Entretanto continuaban desnudando á la victima, y entre el cuerpo y la camisa encontraron un billetito.

El juez instructor lo tomó, desdoblólo, y al leerlo se estremeció ligeramente.

Filippo estaba sobre ascuas; habría querido conocer el contenido del billete y no se atrevió á preguntarlo.

El magistrado se dirigió á él.

—¿Conoce á Mauricio Villata?—preguntó.

Filippo tembló de pies á cabeza.

Recostándose en la chimenea y rodeado de todos los contertulios, que le oían con gran interés, Carlos empezó su narración con voz conmovida.

—Cuando nuestro amigo Jorge nos invitó a mi padre y a mí a hacer una excursión en globo, no dudamos un momento en aceptarla. La proposición era tentadora; no habíamos subido jamás en globo y, confiados en la experiencia y en el valor de nuestro amigo, no abrigábamos el menor temor a una catástrofe. Estábamos en plena primavera, el tiempo era magnífico, y, en fin, sin pararnos a considerar los peligros que encerraba, nos dejamos seducir por la emocionante aventura.

Fué un martes. A las dos y media de la tarde nos elevamos rápidamente y una ligera brisa nos impulsó con suavidad hacia el Oeste.

No me detendré a escribiros la impresión que como aeronautas principiantes recibimos. Yo estaba entusiasmado al verme suspendido en el aire tan facilísimamente y mi padre no se mostraba menos satisfecho que yo. Después de salvar los alrededores de París, atravesamos varios extensos valles y al anochecer nos hallábamos en plena Normandía.

—¿Dónde piensas aterrizar?— pregunté al piloto.

—Esta es una de las cosas que no se pueden prever. Pero no tengáis cuidado, no tardaremos en hacerlo. La noche se echa encima y ya empieza a elevarse la niebla. Es preciso volver cuanto antes a pisar la madre tierra.

En efecto, hacia el Este empezaban a brillar algunas estrellas. Pero esto, en vez de decidarnos a descender, nos dió nuevos deseos, tanto a mi padre como a mí, de permanecer aún en el aire durante algún tiempo. Nos seducía la idea de contemplar a quinientos metros de altura la magnificencia de una noche estrellada.

Nuestro amigo opuso algunas dificultades; temía que se levantase demasiado fuerte el viento y, sobre todo, temía a la niebla, que, cada vez más densa, se elevaba en el horizonte. Pero tales fueron nuestros ruegos que al fin cedió a ellos.

Su complacencia fué como el punto de partida de la catástrofe.

En efecto; media hora después una borras-

ca nos impulsaba con gran violencia hacia el Norte. Antes de que nuestro piloto pudiese rehacerse de la sorpresa, nos vimos envueltos por una niebla espesísima y opaca que corría al par nuestro, impulsada también por el viento.

Ignorantes del peligro que corríamos, mi padre y yo quisimos aterrizar enseguida.

—Con la velocidad que llevamos—dijo Jorge—es imposible. Sería ir a una muerte segura. Nos aproximaremos a tierra todo lo posible y ya veremos de elegir el punto más conveniente para el descenso.

Al ver que le mirábamos llenos de angustia, añadió:

No tengáis cuidado; vamos hacia el Norte; pero el mar aun está lejos.

Se equivocaba; el Canal de la Mancha hacia el cual nos impulsaba el huracán, sólo estaba a algunos kilómetros de nosotros. Una hora después, ya en alta mar y en medio de una absoluta oscuridad, empezaba a desarrollarse el drama.

El narrador contempló durante un momento el humo de su cigarro y continuó:

—Ya podrán ustedes hacerse cargo de lo terrible de la situación en que nos hallábamos. No teníamos más que dos esperanzas de salvación: encontrar un navío ó ganar las costas de Inglaterra.

La primera de estas eventualidades era poco probable; los barcos de pesca debían haber regresado a tierra y los vapores que hacen la travesía son muy escasos y, además, debíamos hallarnos distantes de su ruta. Dado el caso de que encontráramos alguno, era difícil que, desde él pudiesen vernos.

No quedaba, pues, más que la segunda esperanza: la de ganar la costa inglesa. Era preciso llegar a ella, fuese como fuese.

A consecuencia de una tentativa de aterrizaje el globo había perdido gran cantidad de gas y, por lo tanto, de fuerza ascensional. Para recompensar esta pérdida, tuvimos que arrojar todo el lastre; pero esto no fué suficiente y poco a poco íbamos cayendo hacia el mar.

—No hay que perder tiempo—dijo Jorge—; es preciso tirar hasta los objetos más indispensables.

Fuimos arrojando cuanto había en la barquilla; pero apenas se elevaba el globo un

momento, volvía á descender, y el ruido de las olas que bullían bajo nuestros pies se nos hacía cada vez más perceptible.

Sacrificamos los abrigo y parte de nuestras ropas. Tiritábamos de frío con la aquel viento helado que nos impulsaba; pero los tres hacíamos grandes esfuerzos para disimular nuestros sufrimientos.

Transcurrieron unos instantes verdaderamente terribles. En vano queríamos penetrar las tinieblas de la noche, buscando allá á lo lejos una luz que nos anunciase la costa que debía salvarnos; nada lográbamos ver, no obstante haber desaparecido ya la niebla.

Después de haber consultado nuestra opinión, Jorge nos dijo:

—Trepemos por las cuerdas de la red y rompamos las que sostienen la barquilla.

Así lo hicimos. Sujetándonos como mejor pudimos en la malla que envolvía el globo, vimos balancearse la barquilla de mimbres y desaparecer en seguida en la oscuridad de la noche.

Aligerado de aquel peso el globo, se elevó bruscamente. ¿Podríamos, al fin, ganar la costa? Casi lo creíamos seguro; pero, desgraciadamente, la tragedia no debía concluir de tal manera; por el contrario, aquello no era sino el prólogo.

En efecto... Pero no quiero abusar de vuestra atención, señores, y abreviaré el relato. Poco después de haber sacrificado la barquilla, el globo, que sin duda debía de tener algún rasguño, empezó á descender otra vez. Apretados los tres uno contra otro, nos mirábamos aterrados.

—Imposible que lleguemos ya á Inglaterra—dijo Jorge—. Ya no tenemos nada que tirar.

—Entonces—pregunté yo—¿la muerte es segura para los tres?

—Sí, á no ser que uno de nosotros se sacrifique por los demás.

—¿Cuál?—pregunté yo.

—Yo—añadió Jorge—. Como piloto, soy el responsable de vuestras vidas y para salvaros no me queda otro recurso que tirarme al mar. Cuando hayáis llegado á la costa tirad de la cuerda de la válvula y tocaréis tierra... como Dios os dé á entender.

—No permitiré que no dejes—dijo mi padre—. Yo soy el más viejo y á mí es á quien corresponde el sacrificio.

—Y yo, no soy nadie—exclamé, al fin—,

¿Soy acaso un cobarde para aceptar ese sacrificio?

—Entonces—repuso firmemente Jorge—no hay más que una solución: echarlo á suerte,

Rápidamente y con gran dificultad escribió nuestros nombres respectivos en tres pedacitos de papel de una carta que sacó del bolsillo; los dobló, y poniéndolos en la palma de la mano nos dijo:

—Escoged uno. El nombre que salga será el del condenado á morir.

Yo obedecí. El nombre de nuestro amigo fué el designado por el azar.

Nos dio el último adiós con un gesto, y mientras que mi padre y yo cerrábamos los ojos, llenos de espanto, él se dejó caer en el vacío.

—¡Aquel hombre era un héroe!—dijo uno de los otros.

—¡Quién lo duda!—dijo el que hablaba—. Pero no fué el único.

Un cuarto de hora después, cada vez más desinflado, volvía á descender el globo hacia el mar.

La niebla había desaparecido por completo y las estrellas brillaban sobre nuestras cabezas. El viento, impetuoso aun, pero siempre igual, nos conducía con marcha regular hacia el Norte. Ya no debíamos estar lejos de la costa inglesa. Al fin, empezamos á tener alguna esperanza de salvación.

Esta esperanza duró bien poco. El sacrificio de nuestro heroico amigo había sido inútil; mi padre y yo íbamos á hundirnos pronto en el mar.

—Es inútil que muramos—dijo mi padre—. Aun conservas en el bolsillo los dos papeles con nuestros nombres; dame á escoger uno de ellos; quien sabe si el que queda libre podrá escapar de la muerte?

Medio cegado por el vértigo obedecí casi inconscientemente á mi padre. El cogió uno de los papeles, lo desdobló y dijo:

—Ahora me toca á mí!

Quise hablar, protestar, suplicarle; pero me fué imposible pronunciar ni una sílaba. Sólo escuché, como en un sueño, una voz que me decía cariñosamente:

—Adiós, hijo mío!

Inmediatamente rompió el silencio el ruido de un cuerpo que caía al agua. El globo dio un enorme salto, lanzándose otra vez al espacio. Audo tenazmente á aquella frágil

ca voltura, me dejaba conducir por el viento, sin darme cuenta de nada, inconsciente, casi insensible.

Puesto que les estoy contando yo mismo la aventura, creo inútil decir á ustedes que me salvé gracias al doble sacrificio de mi amigo y de mi padre.

Después del desprendimiento de este último, el globo me llevó, como único superviviente del drama que acababa de desarrollarse, á la costa inglesa. Llegué á tierra sin

darme cuenta de ello. Me recogieron ensangrentado, casi agonizante, helado de frío y medio loco de horror.

En una de mis manos crispadas conservaba aun el tercer papel; lo desdoblé maquinalmente; no estaba escrito en él mi nombre, sino el de mi padre.

Inmediatamente comprendí la heroica hien-tira del que me había dado el vér. Se había sacrificado para salvarme.

M. DE MONTFERRATO.

Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales. Madrid, provincias y extranjero.

Curso en el extranjero.

La Junta de ampliación de estudios é investigaciones científicas ha organizado un curso de vacaciones para el extranjero que durará desde el 15 de Junio al 24 de Agosto.

DE PROVINCIAS

Juerga mística.

Bilbao.—Varios bizkaitarras de Lequeito, que fueron á sparter á oír un sermón de Cuaresma, en el camino apedrearon casas, mataron gallinas y perros y cuanto encontraron. En la iglesia promovieron también tumultos, impidiendo que continuara el sermón. Fueron detenidos.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Los bandidos del automóvil.

Paris, 26 (6/37).
Le Matin dice que la persecución contra los bandidos del automóvil alcanzará á las personas que dieron á éstos asistencia ó asilo.

Los periódicos indican que las pesquisas operadas ayer no obtuvieron resultado.

La Prensa francesa.

Paris, 26 (7/27).

L'Echo de Paris publica un despacho de Londres diciendole que no se desespera de llegar á un acuerdo entre Francia y España, colocando, sin cesiones territoriales, á todas las tribus bajo la dominación del sultán y á éste bajo el protectorado de Francia. La Comisión especial comenzará en seguida á hacer las delimitaciones necesarias.

El mismo periódico dice que M. Regnault ha sido cariñosamente recibido por Muley Hafid, quien ha manifestado que deseaba colaborar con Francia para llegar á un acuerdo. Dijo que tiempo atrás unos agentes españoles hicieron gestiones cerca de él contra el protectorado francés, que le presentaron como destinado á despojarle de su soberanía, aconsejando á Hafid que se retirase á Larache.

Según *Le Petit Parisien*, los Gobiernos francés y alemán negocian actualmente las delimitaciones del Congo.

Londres, 26 (7/15).

Los periódicos hacen comentarios sobre la situación producida por la huelga de los mineros, juzgándola más grave que nunca.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 26 Marzo (10 mañana).

La Gaceta publica:

Decretos de Gracia y Justicia y Marina ya transmitidos.

Real orden disponiendo se habilite el punto llamado Caja Selada para el embarque de piedra con destino á las obras del puerto de Ibiza.

Reales órdenes confirmando multas impuestas por los gobernadores civiles á Compañías de ferrocarriles. Son seis y se refieren todas á los andaluces, impuestas por el señor Cassel.

Rectificando la relación de altas de catadráticos de Universidad publicada en la Gaceta del 14 de Febrero último.

Resolviendo expedientes de arreglo escolar de varios Municipios, entre ellos los de Espuga de Serra y Balbís (Lérida) y Pierola (Barcelona).

Circular aprobando las reglas á que han de sujetarse las construcciones de edificios escolares de primera enseñanza.

El Gobierno y la guerra.—Comentarios.

Se han comentado mucho esta noche las declaraciones que hizo el señor Barroso manifestando que el Gobierno tenía el decidido propósito de terminar cuanto antes con la situación creada á orillas del Quert.

Un periódico, comentando esto, dice que, si bien hay que guardar discreta reserva respecto á los propósitos del Gobierno, se puede afirmar que el señor Canalejas se ha preocupado siempre con gran interés, con interés preferente á todo, de la guerra de Melilla, y que hace algún tiempo, más que su preocupación, es ella su obsesión, estando decidido para llegar al término de esta dolorosa etapa guerrera á todo género de sacrificios y de resoluciones.

La llamada telegráfica á Madrid del general Weyler se ha relacionado con la campaña de Melilla; pero *El Imparcial*, á modo de aclaración oficiosa, dice que se le llamó para que asistiera á la jura de la bandera, á la cual no pudo asistir el general Weyler por celebrarse esa fiesta también el mismo día en Barcelona.

«De todos modos—añade *El Imparcial*—, lo cierto es que se insistía mucho anoche en que el general Weyler irá á Melilla.

Nosotros nada podemos decir respecto á este particular; lo que sí podemos afirmar respecto á las dudas de algunos sobre si el general Weyler irá á Melilla es que siendo éste, como es, soldado, aceptaría sin vacilar todo puesto de honor y de peligro, sin que sea cierto, como se dijo en otra ocasión análoga, que el marqués de Tenerife impusiera la condición de un número determinado de fuerzas.

El Consejo de esta tarde seguramente dedicará su atención más importante á las operaciones de Melilla.

El capitán general.—El general Larrea.

Melilla.—El capitán general, con sus ayudantes, estuvo en el Hospital Docker visitando á los heridos.

En el tren de la Compañía minera llegó á la plaza el general Larrea, procedente del monte Arruid, después de haber hecho entrega del mando de la división provisional al general Vifalón. Parece que dentro de breves días marchará á Madrid á encargarse de su nuevo destino.